

EL ESTRENO DE MAGDALENA



**Documentos para la historia
del teatro costarricense**

La Redacción de *ESCENA* agradece a los historiadores RINA CACERES, PATRICIA BADILLA y MANUEL A. BARAHONA, la ubicación y recolección de los artículos periodísticos que se reproducen aquí.

Todos los historiadores de la literatura costarricense han reconocido la importancia para el desarrollo de una tradición dramática nacional, de la comedia **Magdalena** de Ricardo Fernández Guardia, estrenada por la Compañía Serrador Marí el 7 de agosto de 1902 en el Teatro Nacional que se había inaugurado pocos años antes de 1897. Tanto por el polémico tema que el joven dramaturgo trató en su obra —el problema del matrimonio y la emancipación femenina—, como por la pretensión manifiesta en el prólogo por el autor —ofrecer una «comedia de costumbres costarricenses exacta y verdadera... con cosas nuestros y tipos nuestros», que procurara echar las bases de un arte dramático nacional y romper con la costumbre arraigada en el ánimo del público de identificar toda producción dramática con la representación de costumbres, tipos y caracteres exóticos— **Magdalena** ocupa un lugar privilegiado en la historia del teatro costarricense. Investigadores y teatros parecen reconocerlo también así, a juzgar por el interés creciente que la obra despierta: la pieza fue representada con éxito hace pocos años en una versión dirigida por María Bonilla para la Compañía Nacional de Teatro; ninguna otra obra dramática del período ha sido tan estudiada y comentada como ésta; el Ministerio de Educación Pública la ha incluido en sus programas de secundaria y una nueva edición de la obra ha salido a la luz recientemente publicada por la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Poco, sin embargo, se ha investigado acerca de un asunto importante al que el autor dedica la mayor parte del prólogo: ¿cuál fue la recepción que tuvo la comedia por parte de la crítica y del público en su estreno? El presente número de la revista *Escena* procura ofrecer una primera respuesta a esa pregunta, al publicar en su sección dedicada al rescate de documentos olvidados y poco conocidos, una recopilación de artículos y reseñas críticas sobre el estreno de **Magdalena**, que se han obtenido de los periódicos de la época por los historiadores Rina Cáceres, Patricia Badilla y Manuel A. Barahona. A esos documentos agregamos el conocido prólogo, redactado por el autor para la primera edición de la comedia. Creemos que ese texto al entrar en diálogo con su contexto original —las reseñas críticas que aquí se publican por primera vez desde su aparición en la prensa de 1902— adquiere resonancias inéditas y pleno significado.

LA REDACCION

TEATRO

NACIONAL



Compañía Serrador-Mari¹

«Tenemos un magnífico coliseo, el Teatro Nacional, que ha costado a la Nación unos cuantos millones de pesos. Ese edificio es suntuoso y elegante, y, no sin razón, nos vanagloriamos de poseerlo y mostrarlo al extranjero; pero eso es todo, porque lo que es teatro nacional, es decir dramática nacional, estamos todavía lejos de tenerla, y esto es precisamente lo que debiera preocuparnos.

No es de sus suntuosos teatros de lo que Inglaterra, Francia y España se enorgullecen: es de Shakespeare, Molière y Calderón, es de Hugo, Dumas, Echegaray, Rostand y demás dramaturgos que los han ilustrado con sus creaciones inmortales.

Dejando aparte a Europa, vemos que en México, Colombia, Perú, Guatemala, El Salvador y otras naciones de América, se trabaja en el

sentido de formar una literatura propia, y también no son escasas las obras dramáticas que han producido esas jóvenes Repúblicas.

En Costa Rica, por su adelanto intelectual, tiempo es ya de que sus poetas y escritores principien también a echar los cimientos de nuestro teatro, y, al igual que todas las naciones cultas, mostrar en la escena nuestras tradiciones, leyendas y costumbres; plantear sus problemas sociales, tendientes a mejorar la condición del proletario, y, sobre todo, de la mujer; y, por último, a ensanchar la esfera de acción en que hasta el presente se ha desenvuelto nuestra literatura.

El año antepasado se estrenó, con éxito brillante en el Teatro Nacional, *Venganza de poeta*, del señor Pacheco Cooper², y el año siguiente *El Marqués de Talamanca*, zarzuela histórica de la época de la Colonia, debida a los señores Gagini y Cuevas.

Sabemos que don Carlos Gagini ha escrito últimamente un cuadro dramático, en un acto, arreglo de una novela francesa. Desearíamos verlo en escena³.

También sabemos que la Compañía Serrador-Marí tiene en estudio una comedia de costumbres nacionales, titulada *Magdalena*, original de don Ricardo Fernández Guardia.

Comienza, pues, a nacer el teatro nacional en Costa Rica. Ojalá que el actual Gobierno, compuesto de personas ilustradas y amantes de la buena literatura, hicieran algo en sentido de favorecer las aspiraciones de los que a tan noble y meritoria empresa se dedican.

De acuerdo con las insinuaciones hechas por la prensa e interpretando los deseos del público, desearíamos —por éstas y las razones antes apuntadas— que lo más pronto sea llevado a la escena por esa Compañía, *Calumniada!*... el segundo drama del señor don Emilio Pacheco Cooper, del cual hemos oído hacer honrosas apreciaciones a personas entendidas en la materia.

Hemos asistido a las primeras representaciones de la Compañía que actúa en el Nacional. El cuadro de artistas es completo y de calidad tan superior, que nos recuerda a Luisa Calderón,

Carmen Valero, Alejandrina Caro, M. Badillo, Delgado, Ceballos, Burón y otros más artistas, gloria de la escena española, a quienes hemos visto desfilar por nuestro teatro. *El debut* ha sido un verdadero éxito. La señora Marí y el señor Serrador, más que ningunos, nos han embelesado por su mímica, dicción y, sobre todo, por su exquisita naturalidad.

Las obras dramáticas a que nos referimos, no dudamos, pues, serían presentadas cumplidamente.

Esperamos que la Empresa atienda nuestros deseos, que son los del público y la prensa».

Tomado de: *El anunciador costarricense*, 1 de agosto de 1902, p. 2

Revista Teatral

Una obra costarricense

EL AUTOR—LA PIEZA—EL PUBLICO

«Con orgullo recordamos que nuestra admiración literaria por don Ricardo Fernández Guardia no es de fecha reciente, sino que desde la aparición de su primer libro *Hojarasca*⁴ y mejor dicho desde la publicación de algunos de los cuentos que después recogió en ese volumen aplaudimos al escritor distinguido y espiritual que posee en su estilo la gracia de la forma francesa sin dejar de ser genuinamente castizo.

Nosotros teníamos un ingenio de pura raza que en más amplios horizontes hubiera volado con potentes alas de águila, Pío Víquez⁵; y un atildado y correcto gramático, don Carlos Gagini, pero al aparecer los trabajos literarios de Fernández Guardia, la prosa costarricense presentó las armas y le reconoció como a uno de sus maestros.

Sin embargo, sin negarle la galanura de forma de sus cuentos, se disputaba sobre el exotismo de ellos y se dudaba de la fecundidad de su imaginación. Nosotros nunca abrigamos tales temores y apelábamos al tiempo venidero que confirmaría sin duda la reputación del autor de *Hojarasca*. Vinieron después los *Cuentos*

Ticos y demostraron que los asuntos nacionales nunca habían sido tratados con mano más docta y atinada, y la crítica guardó silencio sobre la primera objeción que había hecho.⁶

Nadie hoy disputa tampoco sobre la facilidad de producción que le es propia a Fernández Guardia y como última prueba podemos asegurar que la comedia *Magdalena* fue escrita en tres días como resultado de un solo momento de inspiración.

El porvenir le reserva a su autor ancho campo en qué poder lucir su pluma vigorosa y ágil, ya en el teatro o ya en la novela o en el cuento y nosotros deseamos que su nombre, que ha traspasado las fronteras de la patria, no sea como el de Rubén Darío, perdido para la suya, sino que permanezca unido a nuestra historia, tradiciones y carácter. Entonces y sólo entonces emplearemos con propiedad, al tratarse de un escritor, el adjetivo nacional.

Magdalena es una muchacha de la buena sociedad josefina, hija de familia acaudalada, que ha coronado su educación y que ha matado sus numerosos ocios en la lectura de novelas francesas creándose por consiguiente un mundo imaginario, y un carácter raro en nuestro medio, por las ideas atrevidas y despreocupadas que tiene sobre el amor y sobre el problema del matrimonio.

Ella encuentra su caballero ideal, su Lohengrín, en la persona de su primo, Fernando, que ha pasado muchos años en París llevando la vida de los bohemios elegantes y que por consiguiente es doctor.....en todos los artificios que se necesitan para enamorar locamente a una mujer y para no casarse con ella.

Magdalena tenía, a la llegada de Fernando, un cortejante oficial, Rafael Cortés, que es un joven ya formado, digno de estima y lo que es más raro todavía, un buen partido, un hombre dispuesto a casarse santamente como la manda la iglesia, la moral y la costumbre. María, hermana de Magdalena, tiene un carácter muy distinto, es la sensata de la casa y el ángel tutelar de las amores de Cortés. El primer acto se desarrolla en una finca de Tres Ríos, de propiedad del padre de Magdalena, don Antonio, el cual tiene unas aficiones impropias de sus años por las cogedoras

de café que le proporcionaran tamaño disgusto. A la finca ha venido una amiga de las jóvenes, Jacintita, que trata de birlarle el novio a Magdalena y que encuentra su oportunidad al enterarse de los devaneos de los dos primos.

María, temerosa de lo que puede ocurrirle a su hermana, le suplica a Fernando que no le haga la corte ni se meta más con ella y éste le promete decirle que no tiene intención de casarse; pero Magdalena, al referírsele, se ríe con indiferencia justificada por las ideas que le han infundido sobre ese sacramento, que no calificaremos de parisenses sino de anarquistas y en parte también por las relaciones secretas que entretiene con el preferido de su corazón.

Al abrirse el telón en el acto segundo, aparece la «amigueta;» escribiendo una carta, en que denuncia las relaciones de Magdalena mientras tanto llega Rafael Cortés, cuya visita se le ha prevenido. Sigue una escena entre ambos en que con una perfidia discreta trata Jacinta de abrirle a éste los ojos sobre su situación desairada, pero sin éxito. Llega la familia de una excursión a La Carpintera y después de varias conversaciones en que se plantea y resuelve muy donosamente el problema del celibato femenino y de algunas críticas contra nuestra prensa y contra ciertos escritores políticos «moderados», que tienen mucha verdad y gracejo, se inventa por María un baile, idea aceptada por todos menos por Fernando a quien contraría mucho. La pizpereta muchacha le hace prometer que bailará sólo con ella para que deje en paz a Cortés y a Magdalena, pero el primo, en una escena y breve y decisiva, trata de imponer su voluntad a su amante para que plante a su pretendiente y lo que consigue es un rompimiento.

El acto tercero nos desengaña sobre los sentimientos de Fernando, que jamás ha querido a Magdalena y que está prendado de la esquividad y talento de María a quien propone matrimonio. Jacinta triunfa en su campaña y logra arrebatarse el novio a Magdalena, la cual, víctima de sus ideas y de su pasión por el primo, se queda sin Inés y sin el retrato. Finalmente, después de conjurar don Antonio, gracias a su amigo Ramón, una tormenta que amenazaba su tranquilidad conyugal, anuncia con solemnidad una enorme ganancia sobre la exportación de café y su proyecto de pasar una temporada con toda la

familia en París y Magdalena, combatida por emociones tan diversas, ve el cielo abierto y cuajarse en realidad su sueño dorado.

Tal, es en resumen, el argumento. A nuestro modo de ver, no es la trama de la pieza lo que constituye su mérito principal, sino el bordado fino que la adorna, el chiste de buena ley de aquí, la sátira política de allá, el galanteo fino del hombre de mundo, la defensa de las ideas feministas, la caricatura de Goteras y del viejo verde, en una palabra, los detalles que animan la fisonomía de la comedia y le dan el carácter y la expresión de nuestros compatriotas.

Sobre todo admiramos el estilo fluido, alegre, animado que caracteriza las producciones de Fernández Guardia y que en *Magdalena* ha mostrado sus magníficos resplandores. «La soirée» pasó para nosotros en un minuto y sólo hasta el final huyó de nuestros labios la sonrisa producida por toda aquella burla discreta y amena de nuestras costumbres, dejándonos la impresión de haber asistido a una comedia francesa admirablemente traducida por Miguel Echegaray.

— 0 —

El público estaba muy dividido en cuanto a comentarios y pareceres. Algunos aseguraban que la comedia de Fernández no era bonita porque no era bastante dramática!; otros creían que el argumento no interesaba lo bastante porque no se adivinaba el desenlace de la obra, desde los primeros actos; quienes suspiraban por la tesis o por la falta de sabor local! De todos estos juicios habrá ecos diversos en la prensa y serán más o menos apreciados según la simpatía de cada uno; pero el criterio reinante era muy favorable a la obra y al autor, entendiéndose por tal el de las personas, que sin pretensiones ni rivalidades de oficio, juzgan con imparcialidad y tienen suficiente cultura para ser escuchadas.

La representación de la pieza nos dejó satisfechos. La señorita Castillo estuvo muy feliz en las escenas principales, sobre todo en las del último acto en que cosechó muchos aplausos. La señorita Berenguer hizo la Marujita con mucho salero y en la defensa que hizo del ideal burgués del matrimonio, que es una linda tirada de per-

fecto, demostró que es una actriz de muchas esperanzas. El amable caballero Vico, hábil director de escena y hombre entendido en su arte tuvo a su cargo el papel del primo y lo sacó muy bien, especialmente en su explicación con Magdalena en que tira la careta y descubre la frialdad de su alma. Le insinuaríamos mayor aplomo en las escenas de amor con María para las próximas representaciones, porque Fernando es un hombre de mundo ante todo, lo mismo que deploramos que en la escena final del primer acto que resultó un tanto fría, no se abandonaran los amantes en el diálogo a un crescendo de ternura que coronaría tan felizmente el consabido beso de que habló la prensa en mala hora. Fue lástima. No concluiremos sin enviar calurosa felicitación al señor Ceballos que hizo un Antonio muy chistoso y naturalote, que daba las notas más alegres de la comedia.

El teatro presentaba un precioso cuadro de elegancia y de buen gusto. Nuestras más aristocráticas damas y las más bellas señoritas rivalizaban con sus encantos esmaltados por el arte de la *toilette* más exquisita. Ellas, así como todos los que se interesan por la vida intelectual de Costa Rica, reunidos en aquel suntuoso templo, tuvieron una gratísima impresión, prenda de utilinsonjero porvenir para nuestra incipiente literatura.—EL CRONISTA».

Tomado: de *El Noticiero*
8 de agosto de 1902, p.

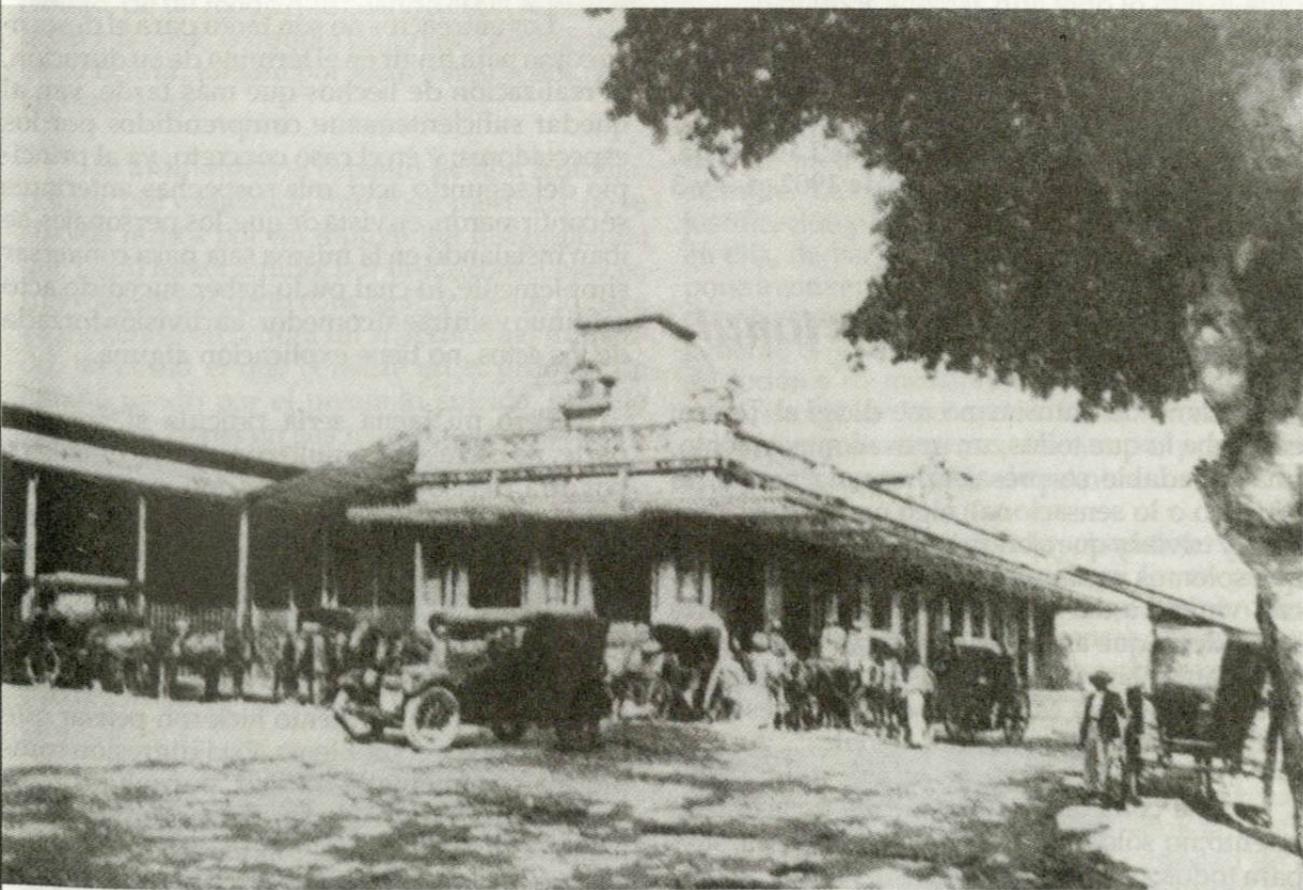
Noches de teatro

COMPAÑIA SERRADOR-MARI

MAGDALENA

«Como estaba anunciada, anoche se verificó en el Teatro Nacional el estreno de *Magdalena*, comedia en 3 actos, de Ricardo Fernández Guardia.

Género literario difícil es el abordado por Fernández Guardia. Lograr que el público, ávido de emociones, se interese con la pintura de la vida que él mismo realiza, prescindir del convencionalismo de efecto y pretender llevar a la escena las costumbres monótonas y po-



complicadas de nuestra sociedad para deleitarnos con ellas, es tarea ardua para el autor y peligrosa para el éxito, entre gentes que como nosotros, aman las piezas líricas y de argumentos enredados, o que sin tino suficiente para colocarse en un término medio discreto, hasta cierto punto obligado por las circunstancias, cuando comparan lo hacen con Moratín o Calderón.

Que el género de la comedia es escabroso, nos lo prueba lo que oímos decir antier a una persona de notable cultura intelectual, que aseguraba que don Miguel Echegaray solamente dos buenas obras ha escrito.

Hechas estas consideraciones podemos afirmar, que el ensayo de nuestro compatriota, si está lejos de valer lo que *La vida es sueño* y se queda muy por debajo de *El sí de las niñas*, tiene condiciones apreciables que para Costa Rica representan un triunfo.

Diálogos interesantes y correctos, escenas animadas, juego escénico apropiado, chistes de

buenas ley nos dio el autor. Esas ya son cosas de mérito, y si la trama se diluyó un poquito más de la cuenta entre el lujo de los detalles, estos fueron justamente apreciados por la mayoría del público.

Los artistas trabajaron con muy buena voluntad y merecen nuestro aplauso por ello; pero la escasez de ensayos, el desconocimiento de nuestra vida íntima fueron escollos para el perfecto desempeño. Eso, que constituye la mitad del éxito de las comedias, contribuyó a perder el interés de ciertas situaciones y a oscurecer el esmalte del argumento.

Aplaudimos desapasionada y sinceramente el esfuerzo, casi improvisación, de Fernández Guardia, que nos hizo pasar un rato verdaderamente agradable. El hecho mismo de que su pieza haya sido discutida, prueba que vale. — Exitos enormes hemos visto en nuestro Teatro y al día siguiente nadie ha hablado de ellos.

El público numeroso y escogido.

El femenino a gran altura. Había una niña vestida de color de rosa que parecía el ensueño de un poeta.

Tomado de *La Revista*,
9 de agosto de 1902, p. 2 y 3

Una comedia nacional

Lleno de entusiasmo me dirigí al Teatro: esperaba lo que todos, un gran acontecimiento, una agradable sorpresa, lo raro, lo nuevo, lo artístico o lo sensacional, algo que no fuese común y trivial y que ajeno a los viciados moldes en que solemos vaciar nuestras impresiones artísticas, viniera a dar vida a un precedente de arte verdadero, que andando el tiempo, fuera capaz de levantar las rudimentarias letras patrias a la altura en que ya es natural que estuviesen en armonía con nuestra cultura actual.

Una comedia del terruño, es un acontecimiento no sólo para el actor y sus amigos, sino para todos: para mí lo es siempre; y he aquí el por qué de mis entusiasmos.

Levantado el telón reconcentré en la escena mis sentidos, dispuesto como era natural, a aplaudir, manifestando de este modo, mi sincera admiración. El autor me es simpático, sus cuentos me han gustado, y creí con ilusoria esperanza que su drama corría igual suerte; pero es lo cierto que a medida que el desarrollo avanzaba, la desilusión se apoderaba de mí. Lancé entonces una mirada a mi alrededor para observar las impresiones del público en general y noté que el público en general estaba contrariado, con cuya observación hube de ponerme tranquilo respecto de mis temores de sufrir una equivocación. Terminó el acto y no hubo en él, en realidad, nada de comedia, porque en realidad no hubo acción. Observé que el modo de concluir este acto no fue propio y natural de la escena; que no había ningún motivo artístico o necesario para cortar dicho acto en la forma en que se hizo; y al momento asomó a mi mente un recuerdo: *Hojasca*. El primero de los cuentos de este libro del mismo autor, termina con todo el mundo al comedor.

Los entreactos no son tanto para el descansar como para fingir en el término de su duración la realización de hechos que más tarde, van a quedar suficientemente comprendidos por los espectadores; y en el caso concreto, ya al principio del segundo acto, mis sospechas anteriores se confirmaron, en vista de que, los personajes, iban instalando en la misma sala para conversar simplemente, lo cual pudo haber sucedido acto continuo y sin irse al comedor. La división forzada de los actos, no tiene explicación alguna.

Pero mi faena sería ridícula si por una parte, no diera al disimulo con ciertos detalles por otra, dejase pasar algunos defectos tan abundados, que llegan a ser imprescindibles. Comprendió el autor que su flojo argumento declinaba tanto que le iba a ser imposible sostenerlo hasta el fin y entonces llamó en su auxilio por este motivo, y porque nada de cómico la comedia tenía, a dos campesinas que tuvieron tal importancia que en un momento hicieron pensar que iban a resolver el problema. Esta digresión rompió marcadamente la unidad, porque las tales mujeres, no eran resortes del argumento, no habían estado en el principio, ni estarían en el fin; queríamos reír con Magdalena y por Magdalena y no con asunto extraño a la obra: en buen arte esto es insoportable. El autor, después de haber puesto en juego a estas mujeres, se vio en grave dificultad para deshacerse de ellas, lo que era natural por no tener las tales nada que ver en el asunto y ocurrió a un artificio impropio más tarde haciendo que fuesen conducidas a la agencia.

Advertimos a don Ricardo que si esto era natural en Francia, en donde él ha vivido casi siempre, no lo es en Costa Rica, excepto en caso de flagrante delito o falta y que aunque fuese propio, para el caso no era adecuado.

Leyendo las Memorias de Gorón, Jefe de la Policía de París, hemos visto mil casos análogos y nos pareció que el amigo de don Antonio personaje de cuerpo presente siempre, que rompe la unidad, porque nada tiene que ver con el argumento ni es consecuencia lejana de él; que fue traído allí para dar y recibir simplemente en la conversación, iba a salvarnos, digo mejor, iba a salvar a don Antonio, no con el ridículo artificio apuntado, sino con otro cualquiera, suponiendo por ejemplo, que dos locas fugadas del Hospicio correspondiente, andaban metiendo ruido en

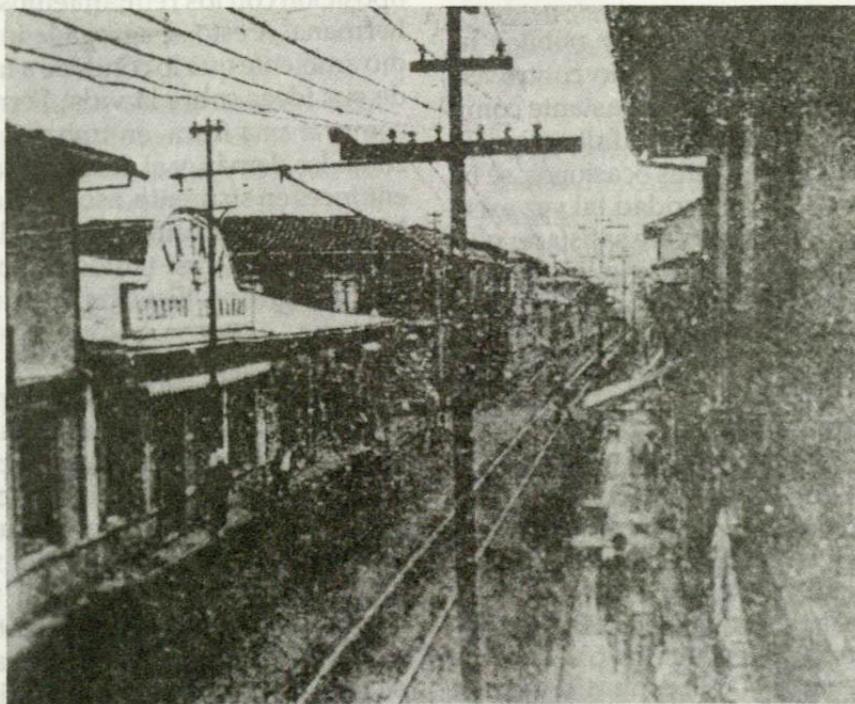
ciudad, de tal modo que cuando éstas se presentasen a la casa, la familia estuviese predispuesta en su contra, tomara por locura sus dichos, y no las escuchara.

Es antinatural el espanto de don Antonio, porque por exagerado que un hombre sea, no se suicida nunca por un motivo tan insignificante que pudo haber tenido, por única consecuencia, tres días de disgusto conyugal; y menos lo hace ya metiendo en la obra un anacronismo tremendo, tal como el que consiste en el pistolón de antaño usado por el presunto suicida, pues lo propio era poner en sus manos, un revólver, ya que la escena, pasa en la actualidad.

Don Ricardo y sus amigos verán, que si yo les pregunto quién es el protagonista de la comedia, los pongo en un apuro; pues pretendiendo el autor hacer tal a Magdalena, le salió la cosa de revés y resultó ser en efecto, don Antonio el protagonista o María.

Quitando del segundo acto las palabras «chayote, Casas de Corrección y distinguido albañil,» corre la suerte del primero de seguro, pues estas palabras, fueron las que arrancaron algunos aplausos.

Ya en el tercer acto decayó tanto el interés y estaban las cosas en tan mal estado artístico que todos temíamos una catástrofe. El autor resolvió por fin la cuestión con un recurso griego, es decir, de máquina, pues no otra cosa fue el telegrama del café, lo que es sumamente impropio en nuestros días, más aún, cuando, lo repetimos, es extraño al argumento.



Notamos además que todo lo que el autor pretendió realizar hubo de pasar siempre en la sala, ya en Tres Ríos, ya en San José, lo que es monótono y antinatural, porque la acción siempre se realiza en todas partes y no había necesidad de meter a la sala a todos los personajes siempre. Las salidas no tienen muchas veces justificación y lo mismo pasa con la permanencia en ella, de varios personajes a quienes el autor pone a conversar en silencio o a mirar un álbum, mientras que dos o tres conversan en voz alta. En general, la obra es infinitamente lírica y no tiene de acción y de movimiento, propio de comedia nada, excepción hecha, de la situación del tercer acto en que las mujeres del campo, pretenden hablar con la esposa de don Antonio.

No pudimos entender el carácter que el autor pretendió dar a Magdalena. En un principio supusimos que era algo coqueta; pero sus actos ulteriores nos hicieron pensar que no lo era, lo cual vino a formar un contraste inexplicable

con sus risas del final, que no pudimos interpretar, por la ambigüedad de la pintura. Su tendencia caprichosa a los viajes y a la lectura de novelas francesas, unida a sus ilusiones, bien pudieran ser el germen de un histerismo, que más tarde, al recibir el golpe fatal la muchacha, iba a estallar en risas; pero vista así la cuestión, el

conjunto de la obra da de lleno en tierra, pues desaparece la moraleja, que es lo único que podía sostenerla, para dar paso al determinismo.

Entendemos que una coqueta no se arrepiente y caso de hacerlo, no es la risa la fórmula de la expresión de un arrepentimiento.

Nos pareció impropio que un diplomático⁷, en quien es fuerza suponer tacto en todos los momentos, saliese la primera vez que fue llamado por dos o tres personas.

Damos por concluido este trabajo en la creencia de que el autor de *Magdalena*, haga una comedia en realidad, y deploramos que las costumbres por él puestas a la vista en este género, no hubiesen salido a la luz en un precioso artículo o en una novelita, cosas que hace don Ricardo perfectamente bien y en donde estamos dispuestos a darle nuestro aplauso.⁷

DANIEL FUENSANTA

Tomado de *El Debate*,
10 de agosto de 1902, p. 2 y 3

Prólogo de Magdalena

El ensayo dramático que hoy publico ha despertado algún interés, suscitado controversias acaloradas y hasta arrebatos bastante cómicos, todo lo cual prueba que no le falta miga. El público, tan indulgente en otras ocasiones, se ha mostrado en ésta de una severidad tal vez excesiva. No me quejo. Antes bien me satisface; porque esa indulgencia caritativa no sólo no la quiero para mí, sino que la rechazo con todas mis fuerzas, por un sentimiento de amor propio muy explicable para quien tenga confianza en sí mismo.

Se ha dicho que mi comedia carece de argumento. Puede que así sea. Sin embargo, tengo la vanidad de creer que he presentado un cuadro de costumbres costarricenses exacto y verdadero. Fernando, el joven aristócrata que ha pasado diez años estudiando, o mejor dicho, paseando en París, vuelve a la tierra lleno de ideas estafalarias para nosotros. Se encuentra con sus dos primas, Magdalena y María, ambas bonitas e interesantes. María es la costarricense genuina, desprovista de artificios, la muchacha graciosa y pizpireta, pero en el fondo seria, honrada y recta; Magdalena, en cambio, se sale del molde en que hasta no hace mucho tiempo todavía se vaciaban todas nuestras mujeres. Sus ideas son exóticas, sus aspiraciones atrevidas; tiene la cabeza llena de literatura malsana y las osadías yankis la seducen.

En el primer momento, Fernando se inclina a Magdalena, como es natural, existiendo entre ambos tantos puntos de contacto. Su fin es seducirla, cosa bastante fácil, dadas las ideas más que avanzadas de Magdalena acerca del matrimonio; pero María, que vela por la honra de la familia, interviene para impedirlo, procurando al propio tiempo fomentar la boda de Magdalena con un estimable caballero que la pretende, a pesar de sus antecedentes poco tranquilizadores. Fernando, en su vanidad de tenorio, siente celos de este pretendiente y llega al extremo de querer imponer su voluntad a Magdalena por un mandato imperativo; pero ésta, que no admite la supremacía del hombre, lo rechaza con altivez e indignación.

Fernando se aleja entonces de la casa de sus primas despechado y con una profunda herida de amor propio. Lejos de las seducciones de Magdalena se complace en recordar la gracia ingenua, la lealtad, la honradez de María, en oposición con los refinamientos perversos de su hermana. A esto se agrega la influencia del medio ambiente que lo conduce a una modificación de sus ideas sobre la vida. Fernando piensa en comprar una finca, en trabajar, en fin, en hacer como los demás, y el deseo de casamiento surge entonces en su mente, asociado a la personita de María. De estos cambios radicales tenemos aquí cien ejemplos, casi tantos como jóvenes educados en Europa. Este ha sido el tema de mi comedia.

Debo decir aquí también que he tropezado con un obstáculo que de antemano había previsto: el gusto especial de nuestro público en materia de teatro, es decir, su inclinación manifiesta a los efectos escénicos de brocha gorda y a la declamación altisonante. Una comedia de costumbres sencilla, local y con tendencias a la naturalidad, debía forzosamente resultar platósoso para paladares viciados a salsas más complejas. Media además otra circunstancia: el convencionalismo arraigado en el ánimo de nuestro público. No me refiero al convencionalismo inseparable de toda clase de teatro, sino a otro que según entiendo, es común a todos los públicos de la América española y nace de la ausencia de un teatro netamente nacional; y esto se explica porque como hemos tenido que contentarnos siempre con un arte extranjero, llámese francés o

español, que sólo pone ante nuestros ojos costumbres, tipos y caracteres exóticos, hemos llegado a forjarnos una idea especialísima del teatro, que para el caso queda convertido en una especie de fantasmagoría, tanto más interesante cuanto más rara o inverosímil. De aquí que sea poco menos que imposible, hoy por hoy, interesar al público en el teatro con cosas nuestras y tipos nuestros. Esta es la mayor dificultad con que tropezarán los jóvenes dramaturgos que pretendan echar las bases de un arte dramático nacional; pero esto no les debe arredrar. Para no desfallecer tienen el ejemplo de lo que en otros países más adelantados ha sucedido.

RICARDO FERNANDO GUARDIA

Tomado de *Magdalena*, Imp. María V. de Lines: San José, 1902. Pág. 6 y 7

NOTAS

(1) La compañía española de teatro Serrador-Marí actuó durante el mes de agosto de 1902 en el Teatro Nacional. Allí estrenó tres obras de autores costarricenses: *Magdalena* de Ricardo Fernández G., el 7 de agosto; *Calumniada* de Emilio Pacheco Cooper el 14 de agosto; *Don Concepción* de Carlos Gagini el 24 de agosto (Nota de la Redacción).

(2) Emilio Pacheco Cooper (1865-1905), poeta y dramaturgo costarricense, llevó a escena en el Teatro Nacional las obras *Venganza de poeta* (1900) y *Calumniada* (1902). Ninguna de sus obras dramáticas se conserva (Nota de Redacción).

(3) El maestro, escritor y filólogo Carlos Gagini (1865-1925) había hecho representar dos obras dramático-líricas, ambas con música del maes-

tro Cuevas: el «juguete cómico-lírico» *Los pretendientes* en 1890, y la zarzuela *El Marqués de Talamanca* que se estrenó en el Teatro Nacional en 1900. La Compañía Serrador Marí que estrenó *Magdalena* el 7 de agosto de 1902, estrenaría unos días más tarde, el 24 de agosto, el «juguete cómico» de Gagini *Don Concepción*. El cuadro dramático a que hace referencia el texto, arreglo de una obra francesa, es probablemente el titulado *Las cuatro y tres cuartos*. Toda la producción dramática de Gagini fue publicada en el volumen *Teatro*, Ed. Costa Rica, 1963 (Nota de la Redacción).

(4) *Hojarasca* (1894) fue el primer libro de cuentos de un autor nacional publicado en Costa Rica (Nota de la Redacción).

(5) Pío Víquez (1850-1899), poeta y periodista costarricense, fue fundador y director de *El Heraldo de Costa Rica*, el más importante periódico nacional de finales de siglo. Una antología de su obra en prosa y en verso se publicó, con el título de *Miscelánea*, en 1903 (Nota de la Redacción).

(6) Con anterioridad al estreno de *Magdalena*, Fernández Guardia había publicado dos libros de cuentos: el ya mencionado *Hojarasca* (1894) y *Cuentos tícos* (1901). La publicación del primero provocó una célebre polémica sobre los límites y posibilidades de una literatura nacional costarricense, que enfrentó a «nacionalistas» y «cosmopolitas». Los más importantes documentos de la polémica fueron publicados en las revistas *Letras* (Heredia), 8-9 (1981): 289-331, y *Káñina*, 9, 1 (1985): 23-53 (Nota de la Redacción).

(7) Referencia sardónica al hecho de que el escritor Fernández Guardia se había desempeñado desde muy joven como diplomático (Nota de la Redacción).